

La semilla vieja

In: Asuncce, Jose Angel: *Antología de textos literarios del exilio vasco*, J.A. Asuncce, Donostia, 1994: 185-196.

*La semilla vieja.** Era uno de los últimos días de julio, cuando los pocos mangos que han escapado a la puntería de los muchachos comienzan a rendirse a la tierra solos.

– ¡Anastase! –al viejo le brotó un grito cerca–, ¡pégale otro corte!

El tractorista había bajado de su máquina en marcha y se había acercado al viejo para mostrarle una raíz.

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.

– ¿Para qué lado? –le gritó por sobre el ruido del motor el tractorista.

– Para acá, en questa direzione... –y el viejo blandió la herramienta para indicar un camino.

Cuando recomenzó la maniobra del tractor, el viejo se alejó unos metros, y acariciando el filo del hacha con su dedo gordo, que estaba agrietado y oscuro como una semilla vieja, dijo para adentro, que es donde últimamente había comenzado a meter sus cosas: "Arbol joven, que lo maten ellos, los maquinistas; ya van catorce en este mes, y el valle se está quedando sequito y arrugado. Si yo no necesitase de los doce bolívares que me dan, si tuviese oportunidad de algún otro trabajo, si no se viesen en mis arrugas los casi sesenta años que tengo, a mí no me enredan en este negocio"...

Cuando el tractor dio con el rumbo justo para derrotar a las raíces, la guaya gritó con su voz de látigo, el tractor jadeó como un toro que ha terminado de cubrir, y las recias ataduras del árbol con la tierra reventaron con estallidos secos, como tiros a quemarropa, abriendo el hueco gigante de una sepultura.

Cuando, después de los estallidos secos de tendones, terminaron de irse el lloro tierno de las hojas en su último vuelo y el crujir lastimoso de las ramas, y cuando luego el tractor regresó a ver de cerca su muerto, echado a lo largo de sus doce metros de tronco, el viejo se acercó al foso cruzado de raíces rotas mirando al vacío del cielo, y dijo como solía:

"Otro muerto".

Pero si se apiadase de cada árbol que tumban, si le afectase cada hombre que escupen, si le doliese cada mirada que ofende o cada palabra que hiere, Anastase estaba ya muerto, como el árbol.

Acostó su hacha en la tierra y se deslizó torpemente, con sus pantalones remendados con cabos de alambre, por un pequeño talud; hurgó entre un gamelotal y trepó luego a gatas, con un saquito de tela azul en la mano. El viejo había aprendido a sonreír entre lágrimas y a comer en el hueco de una tumba.

* Editorial Cromotip. Caracas, 1958.

Después hubo que cortar al árbol muerto los brazos, y trozarle el cuerpo en cinco o seis pedazos, reducirlo a carga de camión. Eso era trabajo de casi dos días para él solo.

Este desmonte estaba ya casi listo. Después posiblemente irían al otro lado de la quebrada, donde estaba trabajando el patrol que Anastase guardaba de noche.

A la luz casi blanca del mediodía, el valle entero era un solo plano amarillento y estéril. Otras veces, sobre todo en la amanecida, todo el abra le parecía una creciente enorme, un gran desbordamiento de aguas cuando engordan de tierra y se hinchan, con alguna isleta de verde asomando como náufrago sobre la hinchazón estirada del río.

A Anastase le ocurría también imaginarse aquella inmensidad como si fuese una gigantesca parcela de tierra labrada esperando las primeras aguas de abril para la siembra.

¡Claro que éstos eran pensamientos tontos que le venían a él a la cabeza, y que no los decía porque se le iban a reír!

Al anoecer, cuando regresó al depósito de materiales de la urbanización, un halo de sol en la cabeza, el bulto de mangos sobre el hombro y el hacha en la mano, le estaba esperando Nico.

– Hubo carta, papá –le dijo al llegar.

–¿Por qué viniste hoy, si quedamos en que mañana? –Y sin otra pausa añadió–: ¿Qué dice?...

El joven como de veinte años estaba remangado hasta casi los sobacos, y con un gesto de desenfado aprendido en el cine, a lo James Dean, alzó los hombros como diciendo "todo sigue igual". Pero después, como si hubiese reparado en algo tierno, mientras el viejo dejaba el saquito azul lleno de mangos en el suelo, dijo:

– Mamá está mejor de los ataques.

Luego hubo un silencio bastante largo, que el viejo Anastase invirtió en meterse en el cobertizo de las herramientas y cambiarse de pantalón.

– ¿Y tus hermanos? –dijo asomando la cabeza.

– Giuseppe se compró la bicicleta.

– Y, ¿qué dice? –brincó medio tono la voz vieja de Anastase desde dentro del galpón.

– Nada (al joven se le antojaba que todo lo demás, los detalles, estaban ya comprendidos), que está muy contento, que ahora llega al trabajo en menos de media hora, ¿qué va a decir?...

– Ahora Tonio (el viejo estaba, sin embargo, en los detalles) querrá otra igual.

Con menos que eso había para que el viejo se quedara observando las grietas de sus manos.

– Papá –le sacudió su hijo con la voz–, ¿dónde queda el patrol?

– Ayer quedó en aquel alto, cerca de la carretera nueva. Pero hoy lo vi coger para el otro lado de la quebrada, donde llenaste la bolsa de mangos la semana pasada –explicó el viejo.

– ¿Dónde los conseguiste hoy? –preguntó Nico señalando el saquito desmoronado en el suelo.

– Hoy –se avergonzó el viejo– de un mango que tumbamos. Los vas a llevar.

– ¡Pero si vine a relevarte en el patrol esta noche!

– Quedamos en que mañana.

– Pero es para que veas la carta, y además te dejé una carne para freir en el cajón de la comida –insistió Nico.

– Y ¿qué ibas a comer esta noche? –preguntó Anastase a su hijo, que lo veía con las manos vacías.

Nico se volteó y le mostró el bulto de un pan redondo debajo de la camisa, y le sacó una latica de sardinas de uno de los bolsillos del pantalón, que lo llevaba muy ceñido en la cintura y en las piernas.

– Dámelos –le dijo el viejo– y llévate los mangos.

– Entonces –dijo resignado Nico–, ¿vengo mañana?

– Mañana, sí. Dile a Vido que le llevaré la tabla...

– ¿Qué tabla?

– Me pidió un pedazo de tabla para arreglar su camastro, que lo reventó Salvatore, que es un bruto. ¡Ah! –dijo el viejo como si de pronto recordase algo muy importante– quiero hacerte una advertencia: no toques los mandos del patrol, que la máquina puede rodar hasta el fondo de la quebrada. ¿Tú sabes lo que le pasó a Komorsky?

– ¿Qué Komorsky?

– Un polaco que murió hace dos meses en Santa Mónica... Monta en este camión que viene. Ahí está Suárez...

El camión traía su caja llena de hombres agachados. El viejo preguntó por el patrol a un trigüeño con cachucha de cuero que iba sentado en el borde trasero del camión.

Cuando Nico se encaramó allá arriba con su saquito de mangos, y el camión arrancó, el hombre de la cachucha de cuero le hizo un lugar junto a él. Ya estaba el vehículo en plena bajada cuando se volteó para decirle:

– ¿No te quedas hoy?

– No –le contestó Nico alzando la voz por sobre el traqueteo del camión y el ruido de los frenos–; cosas del viejo. Dijo mañana, y tiene que ser. Yo mañana quería ir al cine.

– Tienes novia –sonrió el hombre con una malicia sin motivo.

– Bueno... –se turbó Nico sin tener por qué.

– Yo no sé –dijo Suárez para cambiar– cómo pueden ustedes dormir montados en ese asiento.

Nico alzó los hombros, y luego estiró las piernas sobre el bultico de mangos y dijo:

– Son diez bolívaes.

– ¿Cuánto gana el viejo por el trabajo del día?

– Doce.

– Es poco –dijo Suárez como para sí, pero de forma que le oyese Nico.

– Por eso es que tenemos que trabajar también de noche.

– No –repuso rápidamente Suárez, agarrándose en una curva del camión–, digo que doce es poco para el trabajo que hace el viejo, porque yo veo lo que suda tumbando y picando esos árboles.

– El viejo –dijo Nico– siempre ha sido así.

Después hubo un buen rato en que no se oyó nada más que el ruido del motor y los brincos de la caja vieja del camión, porque ninguno de los que iba con ellos hablaba tampoco.

– ¿Tú sigues en la carpintería? –preguntó por fin Suárez.

– Sí; pero si no me suben el jornal, me voy.

– ¿Cuánto te pagan?

– Sesenta bolívares a la semana.

– ¿Y qué estás haciendo?

– Llenando los sacos de viruta para la cama de los caballos en el hipódromo. Es un paisano que tiene un contrato con la carpintería: paga a medio el saco y vende a bolívar.

– ¿Cuántos sacos llenas al día?

– De doscientos a doscientos veinte, según.

Suárez puso los ojos chiquiticos, mirando a través del hueco de la cabina del camión, por donde veía carretera adelante, calculando cuánto daba el negocio. Y al cabo de un rato dijo:

– ¡Pues el negocito da como ciento cincuenta bolívares diarios!

– Bueno, cincuenta se le pueden ir en el transporte de camión y en mi jornal; pero le quedan cien bolívares limpios.

– Y el que trabaja eres tú.

– Claro –dijo Nico, y se rió.

– Y ¿por qué no te pones por tu cuenta?

– No –dijo seriamente el joven–, para eso hay que tener amigos en el hipódromo; ¿tú no sabes cómo son estos negocios de los contratos?...

La pregunta quedó prendida en una rama de cují que casi se lleva la cachucha de Suárez.

Ya habían bajado de Baruta a las afueras de la ciudad, y el camión iba a entrar en la autopista cuando Suárez dijo:

– Y ustedes, ¿adelantan tanto así con esos diez bolívares que les dan por noche por guardar el patrol? ¿Porque eso está reventando al viejo!

– Sí –le contestó Nico regresando desde algún otro pensamiento–, porque así pagamos una sola cama en la pensión y ahorramos otra, que son tres reales diarios, y que sumando a los diez bolívares, pues hacen otro jornal completo. Así son tres jornales entre los dos, que tenemos que mandar una plata para mamá y los hermanos.

– Entonces –dijo Suárez con cierta dureza– tú deberías relevar al viejo más a menudo, porque trabaja más duro que tú y está muy cansado.

– A mí me queda muy lejos desde El Cementerio; porque hasta aquí son tres cambios de autobús, que son hora y media de viaje –dijo Nico sin enfadarse–; pero yo vendría igual si no fuese por el viejo, que no me deja relevarlo sino así, una o dos veces por semana.

– ¡Ese viejo tuyo es medio fregao, carajo! –dijo Suárez levantando la voz.

– ¡¿Por qué?! –se sorprendió Nico.

– Es que él tiene la costumbre de tocarme los mandos de la máquina. Cuando llegué esta mañana, el patrol estaba a medio freno, sin el seguro, y como recuerdo que lo dejé puesto, pues le dije, y ya sé que no se lo debía haber dicho así, pero me salió: "Mira, siciliano, no me toques los mandos del patrol, porque cualquier día tenemos un disgusto". Tu viejo me miró sin decirme nada, pero queriendo decir: "¡A tí qué carajo te importa!". Fue luego, al bajar del patrol, cuando me dijo sin mirarme, pero sintiéndole

yo el coraje en la voz: "Mira, Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa, porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas". La verdad, me duele habérselo dicho así, y luego me dio lástima, el viejo, porque la culpa fue mía. Pero como sea, hay que decirle eso, porque algún día se le van los frenos y le pasa lo que a Komorsky. Tú sabes, el polaco aquel que se mató con el tractor detrás de los cerros de Santa Mónica.

–No –dijo Nico mirando lejos–, no sabía.

Ninguno de los dos, en los diez minutos que duró todavía el viaje, volvió a decir una palabra.

* * *

Anastase dejó el camino hecho y enrumbó su atardecer a campo traviesa, sobre los terrones y las olas quietas que habían modelado las cuchillas de las máquinas en este inmenso mar de tierra.

De lejos, semejaba un sembrado enorme, pero al pisarla se sentía que la tierra había sido tratada sin la ternura con que labra el arado. ¿Pero se iba él a poner sentimental por la tierra herida, por los árboles que tumbaban, por todo lo que le cercaba a él, corazón blando de campesino? Si quería seguir viviendo en este mundo, tenía que meterse en él y ser como los demás, como el tractorista.

A lo lejos, sobre el cogote del cerro, el patrol se recortaba contra el cielo como una gigantesca tara muerta. Este era su rumbo. Allí estaba su cama ambulante, que se quedaba donde le cogía la faena al anochecer.

Cuando Anastase llegó al pie de la máquina, ya se estaba muriendo el día.

Y se sintió solo, sin un árbol en el horizonte, sin una hierba cerca.

El viejo montó lentamente sobre el patrol, se sentó frente al volante y abrió su pan redondo en dos. Después, con la misma navaja, que estaba mellada y vieja, abrió la laticca de sardinas y la vació sobre la miga del pan escurriendo el aceite hasta la última gota. Y sujetando el pan redondo con sus ásperas manos de campesino, lo mordió golosamente.

Cuando terminó de comer, ya estaba oscuro. Anastase comenzó a sentir el peso de la noche sobre sus riñones, que ya estaban resentidos de la brega del día.

Cuando saltó desde el peldaño de la cabina de conducir, los terrones se le clavaron en las plantas de los pies, a través de la suela de sus grandes botas de cuero, y el dolor le brincó hasta los huesos de la cabeza. Abrió lentamente un cajón de madera que tenía el patrol entre dos ruedas, como entre dos piernas, que parecía una urna pintada de amarillo, y sacó un pedazo grande de coleta.

Con unas cabuyitas que le colgaban de las cuatro esquinas, amarró el saco de forma que tapase el espaldar hueco de la cabina, que era un esqueleto de hierro con sólo el techo.

"Ahora no importa –dijo el viejo en alta voz–, pero en la madrugada se mete una brisa fría que entra en la carne como un alfiler".

Después que amarró las cuerdas, volvió a bajar, más despacio que antes, y esta vez sacó una cobija que tenía dos agujeros bastante grandes; la sacudió con tres pequeñas explosiones de aire, y subió con ella al vehículo. Después, se echó cuidadosamente sobre

el asiento en lo que daba de largo, que era un metro, plegando las piernas, como quien conoce la técnica.

Este olor a aceite y a grasa le transportaba todas las noches al garage de Mateo Ianisi, de donde sale el autobús para Mesina.

Rosa y él bajaban al pueblo una vez al año con su familia, temprano en la mañana, para hacer este viaje. Llegando a Mesina, se coge el tren, y cerca de la estación Olivero queda la iglesia de la Madre de Tindari, una Virgen negra que es muy milagrosa. Su mujer, que sufría de ataques, había hecho la promesa de visitarla cada año por las fiestas.

Anastase tenía un ojo abierto, apuntando con la silueta de una pieza del patrol a una estrella que asomaba entre dos nubes, a ver si se movía.

"No, no se mueve", dijo.

Esta era una maña suya para engañarse, a ver si dejaban de venir los otros pensamientos y se dormía.

Y no se dio cuenta de nada más hasta que se sintió otra vez despierto con un nuevo dolor en la cintura. Por el viento, que soplaba húmedo y tibio, supo que se acercaba una tempestad. Anastase estiró una pierna en la oscuridad y el tobillo quedó encima de algo que era como una cabilla: "el pasamano del asiento", pensó. Después alargó la otra pierna, calculando una altura a mano izquierda: "el volante". Apuntalado así, oyendo cómo la coleta cernía suavemente la brisa, alargó su sueño otro rato. Lo vino a despertar un nuevo dolor en el tobillo, que era como si le estuviese mordiendo un grillo. Entonces dobló el pedazo de madera que era su pierna, la puso con sus dos manos, para sentirla, anidada entre dos palancas de velocidades, que era una media caña suave, y se durmió otra vez con ese sopor de media muerte con que se le entumecía el cuerpo, y del que no se despertaba del todo hasta el amanecer.

Entonces pensó o soñó que ya era empleado fijo en la compañía. Porque ya hacía un año que trabajaba sin faltar un día, y no le iban a botar ahora, que tenían que pagarle todo lo que dice la ley. En su primer empleo, recién llegado, lo cogieron para un trabajo de apuro, y al mes, lo sacaron; después supo que era por no pagarle las prestaciones. Volvieron a tomarlo a la semana, pero a los dos meses escasos lo sacaron con un grupo grande; esta vez para que no tuviese derecho a reclamar el preaviso y las vacaciones. Lo volvieron a enganchar al día siguiente, pero como si hubiese comenzado de nuevo, poniéndolo otra vez a partir de cero.

El no quiso protestar. ¿Para qué sirve gritar, si nadie oye?

Después, en diciembre volvió a quedar sin trabajo y tuvo que defenderse hasta mayo con unas chapuzas, haciendo de todo. En mayo-junio es cuando comienza el peón a tener algún valor. Los vienen a buscar a la pensión, y los llevan en grupos, y con jornales de peón de hasta doce y trece bolívares diarios a los más fuertes. A él le ofrecieron once, porque sabía tumbar un árbol. De peón-peón no le hubiesen dado diez. Eso dura hasta diciembre, que es cuando se terminan las obras en Caracas. Total, que lo que se ahorra en ocho meses se gasta en cuatro sin trabajo.

Pero a Anastase le fue bien en esta compañía, y lo retuvieron. Ya tiene un año cumplido, y le aumentaron un bolívar. Además le encargaron del cuidado del patrol de noche, porque le robaban las piezas.

La cama era dura, con esquinas como puntas de arado. Y escasa como una cobija que no alcanza sino hasta la cintura cuando donde se siente frío, un frío de hielo, es en la espalda. Anastase desenredó despaciosamente otra vez, sin abrir los ojos, porque la oscuridad era la misma, las guayas imaginarias que le tenían el cuerpo absurdamente amarrado rodilla con ombligo, mano con cuello, duros los huesos de casi sesenta años como la tramazón de raíces de esos árboles que estaban tumbando, y pensó que para vida sin dolor, la de la máquina, con su asiento de hule gris impasible a pesar de sus hilos asomándole bajo el cuarteado de la pintura, su volante negro y sus palancas amarillas absurdamente tiesas, como soldados. ¡Lo conocía todo tan bien a punta de pie! Sabía a qué distancia terminaba el asiento, en qué curva arrancaban los hierros con bolas negras que eran los mandos de la máquina, y dónde comenzaba a mandar el arco grande y negro del volante.

¿Y si regresase a Sicilia? Sí –y la cabeza de Anastase se desperezó de sólo asomársele la idea–, ¿qué tal si ahora que tiene un año en la compañía y le tienen que pagar sus vacaciones y las demás prestaciones que marca la ley, y le toca cobrar más de cuatrocientos bolívares, no se embarca y se va?

Entonces fue cuando Anastase sintió una puntada de frío en el costado, y abrió sus dos ojos y comprobó, por lo negro del cielo, que ya estaba llegando desde alguna parte allá arriba, hacia Petare, la tempestad.

"Ya que te vas a mojar de cualquier modo, Anastase –se dijo con la filosofía de los que dialogan con la tierra y los elementos– no te muevas mucho y trata de dormir, que mañana es otro día largo de trabajo, y hay que juntar fuerzas para matar dos o tres árboles más".

Nico se iba a quedar. Ya el muchacho le advirtió que no regresaba a Italia; que él tenía mucho camino que andar en la vida, y que ya se acostumbraría a caminar por este nuevo de América, que era más largo y más ancho y que llegaba más lejos que el de su pueblo. Y era probablemente verdad, porque para los jóvenes todos los caminos nuevos son promesas. ¿Quién le dice a él que Nico no puede aprender a manejar un patrol como éste y ganarse sus treinta a treinta y cinco bolívares diarios, como Suárez? Pero a él, a quien no le falta voluntad, ningún compañero va a tener la paciencia de enseñarle, ni la compañía permitiría que él ensayase con la máquina, habiendo tanto que hacer.

Hacía ya un rato que estaban cayendo unas gotas gordas de lluvia, que sobre el cuerpo del patrol sonaban como golpes secos de hacha que llegasen desde dentro de algún bosque. A través de sus ojos cerrados, a Anastase le llegó dentro de la cabeza el resplandor de un relámpago. Esperó unos segundos con el oído fino y oyó reventar un trueno. Entonces se acurrucó más en su cobija. La coleta de la ventana soplaba como una vela rota, incapaz de mover la enorme máquina varada en aquel mar de tierra, donde Anastase hacía cada noche su viaje a Italia.

Cuando el viejo despertó de su sueño de madera, estaba casi amaneciendo. Ya se estaba esparciendo esa luz lechosa con que se anuncia el día cuando viene aterido, envuelto en nubes de agua. Y ya la lluvia era menuda, como una garúa, remojando silenciosamente el cuerpo grande del patrol. Entonces le llegó a Anastase desde el fondo de la quebrada un rumor de torrente.

"Ahora está llegando el agua de la montaña", pensó.

El viejo sintió que tenía el cabello mojado, y que su pierna izquierda chorreaba desde una punta del pantalón, y que tenía el brazo izquierdo enteramente mojado con el agua que le había ido trayendo sin ruido un cabito de la coleta.

Anastase levantó entonces sus dos piernas y las puso sobre el volante negro, y vio cómo le colgaban cerca de las palancas y del freno, que quedaba un poco más a la derecha. Y se amodorró otra vez con la cabeza sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre sus dos piernas.

Lo que soñó después fue que se le estiraba una pata, como si se le hubiese aflojado un tendón, y luego, que le arrastraba un vértigo, que comenzó a dolerle en varias partes del cuerpo a la vez, silenciosamente.

Todo sucedió tan despacio, que le dio tiempo a pensar en el polaco de que le había hablado Suárez, en los ataques de su mujer, en sus hijos y en la Virgen de Tindari, y dijo algo a Nico, que es lo que tenía más cerca, y pensó también en los cuatrocientos o quinientos bolívares que le correspondían de retiro para su viaje en barco.

Y aquí se le acabaron los pensamientos, como si la pesadilla se hubiese terminado cuando subía al vapor.

* * *

Cuando a la niebla le llegó la luz del sol para poder mirar las aguas crecidas en la quebrada, vio que Anastase seguía durmiendo allí abajo con las manos cruzadas sobre sus piernas, en una de aquellas posturas en que se acostaba sobre el asiento de hule gris del patrol; sólo que ahora la máquina parecía estar sentada sobre el breve regazo del viejo.